

Al honorable y prudente N., mi buen señor y amigo

¡Gracia y paz en Cristo!

Honorable, prudente y amado señor y amigo:

He recibido vuestro escrito con los dos asuntos o cuestiones sobre los que recabáis mi opinión. En primer lugar, sobre la causa de que haya llevado las palabras de san Pablo en el tercer capítulo de Romanos: *Arbitramur hominem iustificari ex fide absque operibus legis* al alemán de la siguiente manera: «Consideramos que el hombre se hace justo sin que medien las obras de ley, solo por la fe», señalándome además a este respecto que los papistas se alteran sobremanera debido a que en el texto de Pablo no figura la palabra *sola* (solo). Y que no es de tolerar que yo añada por mi propia cuenta esto a las palabras de Dios, etc. Por otro, si también los difuntos santos ruegan por nosotros, ya que leemos que los ángeles ruegan por nosotros, etc. A la primera cuestión podéis responder a vuestros papistas, si así os parece bien, de mi parte lo siguiente. En primer lugar, si yo, el Dr. Lutero, hubiera podido pensar que los papistas, todos juntos, pudieran ser tan versados como para poner en alemán un capítulo de las Escrituras de forma cierta y adecuada, no hay duda de que habría encontrado la modestia necesaria como para pedirles ayuda y apoyo para verter el Nuevo Testamento al alemán. Sin embargo, como sé, y aún lo veo ante mis ojos, que ninguno de ellos sabe muy bien cómo hay que traducir o lo que es hablar bien alemán, decidí dispensar a ellos y a mí de tal esfuerzo. Y bien se ve que es de mi traducir y de mi alemán de donde ellos aprenden a hablar y a escribir bien el alemán, de modo que me roban mi lengua, de la que antes poco sabían, y en vez de agradecérmelo, prefieren usarla ahora contra mí. Pero bueno, les sea concedido, pues me llena de satisfacción haber podido enseñar a mis desagradecidos discípulos, además de a mis enemigos, a hablar como es debido.

Por otra parte, debéis señalar también que he llevado el Nuevo Testamento al alemán de la mejor y más pulcra manera que he podido, sin

obligar con ello a nadie a leerlo, sirviendo a aquellos que no lo saben hacer mejor, de modo que nadie tiene prohibido intentar mejorarlo. Quien no quiera leerlo, que no lo toque, que yo no se lo demando a nadie ni he de celebrarlo. Es mi Testamento y mi traducción, y así es y habrá de ser. Si en algo me he equivocado (de lo cual no soy desde luego consciente, y no cabe pensar que yo haya traducido mal por puro antojo una sola letra), ello no es algo que quisiera que juzgasen los papistas, pues aún son sus orejas demasiado largas y su ii-aah ii-aah demasiado débil como para poder juzgar mi forma de traducir. Bien sé, y lo saben ellos menos que el animal del molinero, pues no lo han intentado, cuánta diligencia, cuánto esfuerzo, razonamiento y sentido común son necesarios para el buen traducir. Se dice que a quien construye a la vera del camino, muchos maestros le surgen. Y así me ocurre a mí también. Aquellos que nunca han sabido hablar bien, y mucho menos traducir, quieren ser siempre mis maestros, de modo que yo tengo que convertirme en discípulo de todos ellos. Ahora bien, si acaso les hubiera preguntado cómo se habrían de traducir al alemán las dos primeras palabras de Mateo 1, *Liber Generationis*, ninguno de ellos habría sabido decir ni jota. ¡Y ahora son estos mismos señores los que pretenden opinar sobre toda mi obra! Así le ocurrió también a san Jerónimo cuando tradujo la Biblia, que el mundo entero quería ser maestro suyo y era él el único que no sabía nada de nada, de modo que juzgaban la obra del buen hombre aquellos que no habrían merecido ni limpiarle los zapatos². Siendo esto así, es necesaria mucha paciencia para hacer algo bueno por el bien común, pues el mundo entero quiere seguir dándose las de sabihondo, empezar siempre la casa por el tejado, opinar de todo sin saber hacer nada. Así son y así serán siempre.

Quisiera ver yo al papista que diera un paso al frente y tradujera por ejemplo una epístola de san Pablo o de un profeta al alemán, que de no echar mano para ello del alemán o de la forma de traducir de Lutero, bien me gustaría ver lo fino, hermoso y loable de su alemán o de su modo de traducir. Y es que ya tuvimos ocasión de ver lo que hizo el emborrador de Dresde con mi Nuevo Testamento (no quie-

² Expresiones como esta son muestra del estilo conversacional, carente de remilgos de Lutero.

ro mencionar ya su nombre en mis libros, pero ahora también él tiene a su juez, bien conocido, por lo demás)³. Reconoce este que mi alemán es dulce y bueno, así que bien veía él que no podría hacerlo mejor, aunque pretendiera infamarlo, de suerte que se apropió de mi Nuevo Testamento, casi palabra por palabra, tal como las había puesto yo, quitando mi prefacio, mi glosa y mi nombre y añadiendo su nombre, su prefacio y glosa. Así que vendió mi Nuevo Testamento como si fuera obra suya... ¡Ay, hijos míos! ¡Cuánto no sufrí yo al ver que su príncipe y señor no solo condenaba y prohibía en un prólogo horrendo la lectura del Nuevo Testamento de Lutero, sino que además mandaba leer el Nuevo Testamento del emborronador, que no es sino exactamente el mismo que ha hecho Lutero!

Y si alguien piensa aquí que estoy mintiendo, que se coja ambos Testamentos, el de Lutero y el del emborronador, y los compare; verá entonces quién es en ambos el traductor. Pues aquello que en algunos pocos lugares ha compuesto y cambiado (aunque no todo me gusta), bien puedo aceptarlo y no me daña demasiado por lo que al texto se refiere, de modo que nunca quise escribir nada contra ello. Sin embargo, sí me ha hecho reír la estupenda ocurrencia de vilipendiar, maldecir y prohibir mi Nuevo Testamento por figurar en él mi nombre, y, al mismo tiempo, tener que acabar leyéndolo por hacerse público con el nombre de otro. Habrá, en todo caso, juez que sepa valorar qué virtud es esa de vilipendiar y ultrajar el libro de otro, después robar el mismo y, a pesar de ello, hacerlo público con el propio nombre, buscando así a través del vilipendiado trabajo ajeno la propia recompensa y fama. En fin, ha de bastarme y he de darme yo por contento con que mi trabajo (tal como san Pablo se alaba de ello) se vea también promovido por mis enemigos y que el libro de Lutero sea, sin su nombre, leído bajo el nombre de sus enemigos. ¡¿Qué mejor venganza!?

Para volver al asunto. Si vuestro papista pretende andar liándola con la palabra «sola», decidle al momento sin más que el Doctor Martín Lutero así lo quiere, y así afirma: papista y burro son una misma cosa.

³ Con el «emborronador de Dresde» Lutero se refiere a Hyeronimus Emser (1478-1527), que en el año de su muerte publica un Nuevo Testamento que no es sino una versión «dócil» a partir de la traducción de Lutero y de la Vulgata. El comentario entre paréntesis hace alusión al juicio divino.

*Sic volo, sic iubeo, sit pro ratione voluntas*⁴. Y es que no queremos ser alumnos ni discípulos de los papistas, sino sus maestros y jueces. Por una vez queremos decir aquí estamos y dárnoslas de algo con los borricos esos. Y así como Pablo se afirma frente a sus santos locos⁵, así quiero yo también afirmarme frente a estos borricos míos. ¿Que son doctores? También yo. ¿Que son letrados? También yo. ¿Que son predicadores? También yo. ¿Que son teólogos? También yo. ¿Que son disputadores? También yo. ¿Que son filósofos? También yo. ¿Que son dialécticos? También yo. ¿Que son profesores? También yo. ¿Que escriben libros? También yo.

Y quiero seguir alabándome porque sé interpretar salmos y a los profetas, y ellos no; sé traducir, y ellos no; sé leer las Santas Escrituras, y ellos no; sé orar, y ellos no. Y por descender a cosas menores: domino mejor que todos ellos juntos sus propias dialécticas y filosofías. Y sé a ciencia cierta que ninguno de ellos comprende a su Aristóteles. Y si hubiere alguno entre ellos que fuese capaz de entender un proemio o un capítulo de Aristóteles bien quiero dejarme mantear. Y no digo en esto demás, pues fui educado e instruido desde muy joven a través de sus sabidurías, y sé, por tanto, lo profundas y anchas que estas son. Así que también ellos saben que yo sé y puedo todo lo que ellos saben y pueden. Esta gente maligna aún me trata como si estuviese de paso en sus artes, recién llegado por la mañana, y como si nunca hubiera visto u oído lo que enseñan o saben. Se vanaglorian aquí y allá de su arte y me enseñan aquello a lo que hace veinte años ya le di un puntapié. De modo que a sus berreos y gritos yo contesto con las palabras de aquella meretriz: «Hace siete años yo ya sabía que los clavos de herradura son de hierro».

Sea la que sigue la respuesta a vuestra primera pregunta, de suerte que os ruego que no respondáis nada más a sus berridos vanos sobre la

⁴ En realidad, *Hoc volo, sic iubeo, sit pro ratione voluntas*: «esto es lo que yo quiero, así lo ordeno, valga mi deseo como razón», palabras que Juvenal pone en su *Sátira VI* en boca de una mujer déspota. Cit. según Juvenal (2007), *Sátiras*, 6, 223, ed. y trad. de Rosario Cortés Tovar, Madrid, Cátedra, pp. 332-333.

⁵ Se refiere a 2 Corintios 11, 22: «¿Son hebreos? También yo. ¿Israelitas? También yo. ¿Descendientes de Abraham? También yo. ¿Ministros de Cristo? Voy a decir un desatino: más que ellos lo soy yo», etc.